



CALLA Y OBEDECE

Terciopelo Azul

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 4º semestre

—¿Qué más necesitamos?

“Semillas de ajeno”.

—¿Para qué queremos semillas de ajeno?

“Calla y obedece”.

—Bueno, ya está, no tienes que ser tan borde.

Tomé las semillas y las acerqué a mi nariz. Esa no era la orden, pero mis sentidos también tenían un papel esencial en mi toma de decisiones, no solo esa voz en mi cabeza.

“Somos más que una voz. Somos todo”.

Resoplé y pagué por las semillas. Nuestra vida no siempre había sido así.

Siempre sentí cierta intriga por lo oculto, aunque también había comenzado como un juego.

—Román y yo peleamos de nuevo —dijo mi amiga esa tarde, mientras hacíamos tarea tiradas sobre la alfombra oriental de mi habitación.

—Típico de géminis —bromeé.

—Hablo en serio. Descubrí que intercambiaba mensajes con otra chica y, aún así, lo negó cuando lo cuestioné. Ya me estoy cansando de esto.

—Déjalo —mi respuesta habitual.

—Eso ni siquiera es una opción.

Como destinado a ser, un recuerdo muy preciso acudió a mi mente:

—*Esto que miraste aquí es el hechizo del sueño negro. Este hechizo sirve básicamente para que una persona necesite estar a tu lado...* —dijo el chico del video.

—Esas son puras supersticiones, yo no creo en eso.

—Bueno, pues nada perderás con intentarlo. Si de por sí ya todo se está yendo a la verga, pues hazlo —respondí.

Suspirando, sacó una hoja de papel negro y, haciendo el hechizo al pie de la letra tal como lo mostraba en el video, intentando siempre estar enfocada en el objetivo, mi amiga completó el ritual.

—Me buscará con rosas, pedirá perdón y será la única para él.

Frotaba el papel entre sus dedos, escribía el conjuro completo en tinta roja, junto al nombre y fecha de nacimiento del mentado Román, para quemarlo a la media noche del día siguiente.

La sorpresa se la llevó ella, cuando lo manifestado había ocurrido.
Claro que iba a ocurrir. Si acudes a la hechicería, ella te responde.

Bueno, nunca había experimentado con hacer este tipo de hechicería, y antes de que mi amiga hiciera el hechizo del sueño negro, yo tampoco creía tanto. Entonces la curiosidad, como una enredadera, se coló en mi mente.

Empecé con hechizos pequeños: manifestaciones para el dinero, runas para que la gente me encontrara más atractiva, que las personas que habían sido malas conmigo pidieran perdón, etcétera; cuando dichos hechizos se cumplieron, mi hambre por saber más también creció.

Vamos, que mi única fuente de información al respecto era el internet, así que me compré cartas del tarot en línea y aprendí a usarlas. Creía que era buena, hasta que...

—Lo estás haciendo mal —me informó un chico callado, con quien nunca había hablado antes.

—¿Qué?

—¿Quién te enseñó a leer el tarot así? Lo estás haciendo mal.

Me quitó las cartas y encendió el incienso, pasando el humo alrededor del mazo. Con manos expertas, sacó cinco cartas que colocó volteadas frente a mí.

Una a una, las interpretó haciéndome sentir tan confundida por la especificidad de sus palabras. ¿Cómo sabía aspectos tan privados que yo misma había decidido ignorar?

—Ve al mercado de hierbas y busca a doña Carmela. Y no olvides llevar las cartas —dijo antes de irse.

¿Quién era él? ¿Quién se supone que era esa tal doña Carmela?

“No es un ‘él’. Somos todos”.

La curiosidad aumentaba. No me dejaba dormir. Tenía que saberlo. Así terminé en lo más recóndito del mercado de hierbas. Nunca había estado en un lugar similar, con animales disecados colgando de hilazas amarradas al techo y mil tipos de hierbas diferentes en la mesa, cada una desprendiendo aromas que resultaban embriagadores y nauseabundos a la vez.

La mujer me vio. Extendí las manos ante ella y, sin tocarme, me arrastró hacia un cuchitril escondido detrás del mostrador. Ahí comenzó todo.

“Necesitamos también hojas de cedro secas y un poco más de acónito”.

—¿Acónito? No peharemos con licántropos.

“Calla y obedece”.

Resignada, pagué por lo que me pedía. Ya no parecía que yo tuviese el control. Dudaba si alguna vez lo tuve.

Con doña Carmela aprendí la manera correcta de leer las cartas y los hechizos que ella sabía, que en su mayoría eran endulzamientos de parejas; pasaron a ser de mi conocimiento. Pero no todo se centraba en el amor.

—¿Y para hacer daño?

Doña Carmela me miró con intriga.

—¿Por qué querrías usar la magia para hacer daño?

—¿Y por qué no?

Esa fue la última vez que fui bienvenida en la tienda de doña Carmela.

Esa vieja ni siquiera sabía cosas útiles. ¿Endulzamientos? Bah.

Sí, sí. Así terminamos buscando a doña Clara, que de “clara” sólo tenía el nombre.

Doña Clara había emigrado de Venezuela. Era viuda, y hacía como quince años que no veía a ninguno de sus hijos. Dizque habían terminado metidos en el narco.

—Ellos están bien. Desde acá los protejo.

Ella, a diferencia de doña Carmela, no dudó en enseñarme maleficios, así como hechizos protectores.

—Vivimos rodeados de energía en todas sus formas, solo se trata de manipularla a nuestro antojo.

Al principio lo hicimos por diversión. Romper con ciertas parejas que no nos agradaban. Distraer parcialmente al conductor del autobús en el que iban los muchachos que nos molestaron cuando supieron que leíamos las cartas, quizá una que otra enfermedad venérea a esas insoportables niñas, cositas. Pero pronto entendimos que podíamos hacer más que eso, que eran niñerías gastar nuestro tiempo y energía en todos esos inmaduros niños.

“Lleva también la cola de un zorrillo”.

—¿Para qué queremos la cola de un zorrillo? Va a apestar me el cuarto.

“Calla y obedece”.

—A veces no te tolero ni un poco.

“No soy yo. Somos todos”.

—Sí, sí.

Pronto, doña Clara también se cansó de ayudarme, porque dizque mi mente iba más allá de lo que ella sabía. Quién sabe qué de lo que vio en mí la asustó.

Pero bueno, lo que me enseñó ya era suficiente. ¿Necesitaba hacer daño realmente? ¿O era sólo una fase de descubrimiento?

—¿Y ahora qué hago con esto?

“Ponlo todo en el piso y enciende las velas”.

—¿Qué haremos?

“Calla y obedece”.

—¿Por qué eres tan mandona?

“No soy yo. Somos todos”.

Siempre cansada de obedecer a la voz, lo hice. A veces parecía saber más de lo que yo sabía. En fin. Saqué también el cuchillo e hice una pequeña incisión en mis palmas, apretando fuertemente las velas. La sangre goteaba, manchando la alfombra vieja, pero qué importaba. Las palabras fluían entre mis labios, en un idioma que ni siquiera recordaba haber aprendido a voluntad. Las flamas crecían y el aroma de cada hierba impregnaba mis sentidos. Y como si me hubieran cosquilleado la parte posterior de la cabeza, comencé a experimentar un mareo extraño.

Algo no iba bien. Quise detenerme, pero mis extremidades no obedecían las órdenes de mi mente... ¿Mi mente?

“Nuestra mente”.

—¿No que “somos todos”?

Entonces perdí el conocimiento.

Y con los ojos en blanco, presencié mi propia condena al escuchar la voz tan conocida salir de los labios que antes eran míos.

—*No, soy yo.*